á los ojos del mundo; pues amándola en estremo, debe haberle prodigado con mucha mas largueza que á ninguna otra criatura las riquezas de tribulación, que recibió de su Eterno Padre en virtud del decreto de su divina predestinación.

María es una pobre doncella, nacida en verdad de padres nobilísimos, pues entre sus abuelos cuenta crecido número de príncipes, reyes y patriarcas; no obstante es mujer de un pobre carpintero, obligada á comer con el trabajo de sus manos; es madre de un inocente crucificado, á quien para confusion suya vió ajusticiar por inhumanos verdugos y sufrir muerte infame y dolorosa entre dos foragidos ladrones, y en presencia de muchos pueblos venidos á Jerusalén desde lejanas tierras con motivo de la celebridad de la pascua, los cuales habian de estender la noticia de aquella infamia por la redondez del orbe.

¿Y es esta la gloria que en esta vida os proporciona vuestra admirable predestinacion, ó Esposa del Espíritu Santo? ¿La dignidad de madre de Dios no os dá mas privilegio que el ser la mas afligida y la mas desgraciada de las madres, segun los juicios humanos? ¡Cuánto se elevan sobre nuestro entendimiento los consejos del Altísimo! A juicio del mundo debia la Madre de Dios esceder tanto en riquezas, gloria y poderio á todas las majestades de la tierra, cuanto se encumbran estas sobre el mas ínfimo del pueblo; pero el mundo está ciego, y lo que llama grandezas, lo mira el Señor como bajezas indignas de sí y de su Madre querida; y lo que él llama pequeñez y miseria, mira el Todopoderoso como verdadera grandeza solamente digna de él y de sus escogidos.

tajos saco da Virgenstrana des aber side predestinada à ser madre de Bios, responderemos que ta de tener conscontormi-

sidemortel, signed desques de desquisto la mas humilda. In

CAPÍTULO II.

devocion viservicio de la Reine-de todos los Santos; puesto

declaracion de pertencerio, y si no complete con los debe-

que llevant pues como escribia S. Hamardo al Pasa Euronico

San Pedro Damian dice que Dios sacó el santísimo nombre de María del tesoro de su Divinidad espresamente para darlo à su querida Madre: Statim de thesauro Divinitatis Mariæ nomen evolvitur (Damian. Serm. 11 de Anunc.). Y con esto dá á entender que las tres Personas de la adorable Trinidad tuvieron parte en su imposicion : el Padre contribuyó dándole su Hijo, puesto que Ruperto Abad no teme decir que el Hijo es el nombre del Padre, siendo una palabra que espresa completisimamente su esencia y perfecciones. Ahora bien, si el Verbo espresa al Padre, espresa tambien á la Madre, pues es la misma persona quien dá al uno el nombre de padre y á la otra el de madre, y establece entre ella y Dios un parentesco real y verdadero; lo que propiamente significa el nombre de Maria, en sentir de S. Ambrosio, quien asegura que Maria quiere decir : Dios es de mi familia ó de mi parentela : Speciale Mariæ hoc nomen inveni quod significat, Deus ex genere meo. No vemos de cuál raiz de las lenguas hebrea, griega ó latina haya sacado S. Ambrosio esta interpretacion; pero su autoridad nos basta para recibirla. ¿Y quién sino la Madre del hermoso amor puede llevar un nombre de tan augusto significado?

¡Oh gloria! ¡Oh soberana escelencia del nombre de María! Si se pregunta cuál es su origen, se nos responde que se sacó como preciosa joya de los tesoros de la Divinidad. Dióse á la Madre de la vida por todas las Personas divinas como prenda de la íntima alianza que ansiaban hacer con ella. ¿Pues quién no confesará que solo á ella toca llevarlo propiamente? Las

que por privilegio lo tienen, deben guardarse mucho de deshonrarlo; guárdense de hacer cosa alguna indigna del nombre que llevan, pues como escribia S. Bernardo al Papa Eugenio, muy acre y fundadamente se puede reconvenir á los que heredando un nombre esclarecido lo deshonran con una conducta desarreglada. Aficiónense mas particularmente á la devocion y servicio de la Reina de todos los Santos; puesto que en el mero hecho de llevar su nombre hacen pública declaracion de pertenecerle, y si no cumplen con los deberes de fieles servidoras, será para ellas contínua reprension de su infidelidad el nombre sacratísimo que se les dió en la pila del bautismo. Ámen á Jesucristo tierna y respetuosamente, ya que llevan el celestial nombre de su Madre dulcísima.

¡Oh Maria! esclama S. Anselmo transportado de alegria y admiracion: ¿cuál seria nuestra pobreza si el Padre de las misericordias no os hubiese sacado de sus tesoros para daros á nosotros? ¡Oh dicha! ¡Oh esperanza! Siento que mi corazon quiere amaros, que mi boca anhela alabaros, que mi entendimiento ansia contemplaros, que mi lengua desea pediros y que mi alma suspira por ser toda vuestra: recibidla, sostededla, defendedla, conservadla, que en vuestras manos no podrá perecer.

Investigando S. Anselmo y S. Pedro Crisólogo cuál fuese la significación del nombre de María, hallaron que en el original siriaco y hebraico queria decir señora, ó reina soberana, ó dominadora; y á la verdad que ella por do quiera domina como soberana en los cielos, en la tierra, y hasta en el infierno. Entremos por un momento en cada una de estas tres partes de su imperio para observar en ellas su absoluto dominio.

Si subimos al cielo, verémos que no lo pueblan sino reyes y reinas, no admitiéndose á nadie en aquella region de bienaventuranza sino para ponerle en las sienes una corona de gloria, segun estas palabras del Evangelio: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la creacion del mundo.» Y estas otras: «No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre se ha complacido en daros un reino. » ¡Cómo ponderar la amabilidad de tal Padre! ¡Cómo describir la magnificencia de aquel divino Glorificador, que hace reyes escelsos á todos sus vasallos! Solus Deus de servis suis decrevit facere reges.

Pero si todos los bienaventurados son otros tantos reyes y reinas que verdaderamente poseen el imperio de Dios, es cierto que solo á la Madre de misericordia se ha dado ser la soberana y la absoluta reina de esa esplendorosa muchedumbre de inmortales monarcas. Ni temamos que esta asercion defraude el mas mínimo grado de gloria á la suprema grandeza de Dios, pues cuando llamamos soberana á María, nuestro ánimo no es hacerla independiente de Dios, lo cual seria blasfemia. Ni un ápice pierde la gloria de su unigénito Hijo por haberla levantado él mismo á la mas escelsa cumbre de su imperio; al modo que Salomon nada perdió de su poderio por sentar á su madre Bersabé á la derecha de su trono. No es por consiguiente una diminucion sino ampliacion de la grandeza de Jesucristo el que á su digna Madre sea estensiva.

La Iglesia, fiel intérprete de las intenciones de su divino Esposo, cantando á voz en grito sus alabanzas, llámala reina de los ángeles, reina de los patriarcas, reina de los profetas, reina de los apóstoles, reina de les mártires, reina de los confesores, reina de las vírgenes y reina de todos los Santos. Si lo es como lo publica la Iglesia, infalible órgano del Espíritu Santo, ¿nó tendrá María derecho de mandar en todos ellos? ¿Nó están obligados á rendirle la obediencia y homenajes que tales súbditos deben á su augusta soberana? Dichosa el alma á quien toma bajo su proteccion, porque sea cual fuere la angustia en que nos hallemos sumergidos, puede muy bien mandar que nos saque de semejante abismo á cualquiera de los Santos innumerables ó de los querubines que mira prosternados al rededor de su trono.

Ella fué quien envió á S. Juan Evangelista á instruir en el misterio de la Santísima Trinidad al taumaturgo obispo de Neocesarea, como en su vida lo refiere S. Gregorio Niseno. Ella quien envió al mártir S. Mercurio á dar muerte á Juliano apóstata, cuando este monstruo se proponia arruinar la Iglesia, como lo asegura el santo doctor de Nacianzo. Ella quien envió á los ángeles á ahuyentar de Roma aquella terrible peste, que la infestaba en el pontificado de Gregorio el Grande, los cuales en accion de gracias de tan señalado beneficio, hicieron resonar los aires con cánticos de alegría, siendo los primeros que entonaron la magnifica antifona que desde entonces canta la Iglesia en su júbilo pascual: Regina cæli, lætare, alleluja: quia quem meruisti portare, alleluja: resurrexit sicut dixit, alleluja. Y Sigonio afirma que viendo S. Gregorio envainar la espada vengadora al ángel esterminador, en medio de aquella angélica armonía, añadió el último versículo: Ora pro nobis Deum, alleluja.

Volvamos ahora del cielo á la tierra, y verémos que María ejerce sobre ella su dominio soberano de una manera admirable. Hablando S. Cirilo de Alejandría en el concilio de Efeso, puso en boca de la Señora las siguientes palabras: Per me reges regnant. Por mí reinan los reyes; y esta aplicacion del sagrado Testo que literalmente se entiende de la divina Sabiduría, fué aplaudida por todos los Padres del Concilio. O reyes de la tierra, cuán dichosos seriais si conocieseis á fondo esta verdad, y si por un sentimiento de justa gratitud pusieseis á sus piés vuestros reinos, vuestras coronas y personas, como S. Estéban de Hungría, que la proclamó reina absoluta de sus estados, declarándose su primer vasallo.

Si podemos decir que reina cual soberana en el imperio que Jesucristo tiene en el cielo, ¿ nó lo dirémos con respecto á la tierra? ¿ Pues en qué rincon del orbe católico no se la honra mas que á todos los otros Santos? ¡ Cuántas Iglesias consagradas al culto divino bajo su advocacion! ¡ Cuántas capillas, oratorios y cofradías! ¡ Cuántas órdenes religiosas, que hacen especial profesion de consagrarse á su servicio!

Si bajamos en espíritu hasta el infierno, verémos que su dominio se estiende aun á aquellas mazmorras de dolor; por lo cual S. Bernardino de Sena le atribuye estas palabras del Eclesiástico: Gyrum cœli circuivi sola, et profundum abyssi penetravi. Yo sola he dado vuelta á los cielos y he penetrado hasta el fondo de los abismos.

Ni se diga que en el infierno no se vén mas que rigores de justicia y que jamás se ha oido llamar á la Reina de las vírgenes madre de la justicia, sino siempre madre de misericordia, madre de la divina gracia; y que así no es creible que haya rigores en su dominio. Observemos cuál fué la sentencia que Dios pronunció en el paraiso cuando la rebelion del hombre : le condenó á la muerte, y aunque tal pena parezca rigorosa, fué igualmente fulminada contra la mujer, á quien en la sentencia se le añadieron los dolores del parto; pero la serpiente, ó el diablo enmascarado bajo su figura, que siendo la primera causa del mal, era tambien el mas culpable, fué castigado con mayor severidad. ¿Seria que se le precipitase en el infierno? No, porque ya para entonces estaba ardiendo en aquel océano de fuego por el pecado de su propia soberbia; pero la malicia que le indujo á seducir á nuestros primeros padres, merecia un suplicio en cierto modo mas cruel que el mismo infierno. day as our sol assevies gabout our no oir

¿Cuál será este suplicio? El de llevar todo el peso del odio de la Mujer fuerte y poderosa: Inimicitias ponam inter te, et mulierem: el estar privado de la vision de Dios y verse hecho blanco de su aborrecimiento es lo esencial de su condenacion; mas el verse privado de la dulce compasion de la Madre de misericordia y hecho objeto de su eterna indignacion, es el colmo de su infierno; porque su soberbia siente el verse abatida á los piés de la humildísima Vírgen mas que el estar agobiada bajo el peso del justiciero brazo del Omnipotente. Le son intolerables los tormentos que ella le hace padecer; primeramente porque en sus virginales entrañas se efectuó el misterio de la Encarnacion, por el cual nuestra naturaleza se encumbró al infinito sobre la de los ángeles en la persona de Jesucristo.

En segundo lugar, porque ella es quien se opone á todos los designios de los demonios, frustrando sus asechanzas en órden á una infinidad de almas devotas suyas, á quienes toma bajo su proteccion; confundiendo todas las herejías que ellos suscitan para arruinar la Iglesia, cuya madre es. En una palabra, su odio y sus justas venganzas contra el infierno son universales cuanto á los tiempos y á los lugares y contra todas sus maléficas empresas. Piensa S. Buenaventura que estos odios mortales se hallan espresados en el nombre de María, que él interpreta un mar amargo. Dice que así como Faraon fué sumergido con sus huestes en el mar rojo, asi todas las hordas infernales sucumben al pié del muro de poderosa proteccion con que la Reina de las virtudes rodea y ampara á los hombres; y de esta suerte ejerce su formidable dominio sobre el abismo.

Entre cuantos havan recurrido al nombre de Maria, no se hallará uno que no haya esperimentado lo que con tanto fervor de espíritu escribió S. Efren, á saber, que ella es verdaderamente la estrella del cielo que nos ilumina en nuestras tinieblas. ¿Cuántas veces en efecto el solo nombre de Maria nos ha hecho acordarnos de Dios y volver á la senda de nuestros deberes? Que ella es verdaderamente la ciudad de refugio en que pueden salvarse los que se vén perseguidos de muerte. ¿Y cuántas veces combatida con impetu nuestra alma por las tentaciones del demonio no ha hallado su reposo y seguridad en la invocacion del nombre de María? Que ella es la verdadera arca de la alianza y el verdadero propiciatorio. ¿Y cuántas veces no nos ha alcanzado la paz con Dios, haciéndonosle propicio con su poderosa intercesion cuando mas irritado le teniamos con nuestras culpas? Que ella es verdaderamente el alivio de los enfermos y el consuelo de los affigidos. Seria preciso escribir innumerables volúmenes si se tratase de referir los millones de ejemplos de los que viéndose como abismados en un mar de tristeza y de dolor han arribado á puerto de salud con la invocacion del dulcísimo nombre de María. ¿Veriamos sin cesar correr pueblos enteros á los santuarios que llevan el nombre de María, si la esperiencia no les hubiera enseñado que cuantos la invocan hallan alivio y remedio para todas las dolencias humanas?

Aquel divino nombre habia de ser una fuente de salud, estando todo lleno del Salvador. Quien dice María dice la

Madre del Salvador del mundo; y quien dice la Madre del Salvador, dice un tesoro que encierra las infinitas riquezas del Padre de las misericordias: él le envia á la tierra para universal remedio de los males que nos agovian; pero quiere que le recibamos inmediatamente de la Consoladora de los affigidos, habiéndole confiado con este fin tan soberano depósito. ¿ Queréis saber qué abundancia de virtudes encierra su nombre? Considerad el tesoro de celestiales riquezas, que encerró Dios en su castísimo seno. El nombre de María participa sobremanera de la dulzura del divíno Verbo; ni hay en el cielo maná mas delicioso, si supiésemos gustarlo y saborearnos con él.

S. Estéban, rey de Hungría, jamás lo pronunciaba sin la mas profunda veneracion; llamábala las mas veces la gran Señora, y todos sus pueblos á ejemplo suyo la llamaban la gran Señora; y siempre que oian el nombre de Maria, inclinaban respetuosamente la cabeza para tributarle todo el honor posible. Si habeis leido la Vida de S. Erman, escrita por Surio, habréis observado el singular efecto que producia en él. Postrábase para pronunciarlo y permanecia en tal postura tanto tiempo que habiéndolo observado un amigo suyo y rogádole que le dijese en confianza qué era lo que allí hacia, le respondió: «Estoy cogiendo dulces frutos del nombre de María con indecible regocijo, pues me parece que todas las flores de la tierra y los aromas de los perfumes mas delicados se han reunido aquí para deleite mio, mientras una virtud desconocida se exhala de aquel augusto nombre, cuando lo pronuncio, bañándome en celestial consuelo y alegría; aquí descanso de todos mis trabajos, aquí me alivio de todas mis dolencias, y quisiera permanecer siempre en esta postura para seguir gustando tan esquisita suavidad».

Un gran siervo de la Reina de los serafines dice que los verdaderos cristianos nunca han separado el nombre de Jesus del de Maria, y que unos los llevan impresos en sus corazones con los caractéres del amor, otros los tienen continuamente en la lengua no cesando de repetirlos y cantar sus alabanzas, otros los llevan escritos ó pintados por su fervorosa devocion, y otros los manifiestan en sus manos copiando en sí su santidad, y que este último modo de honrarlos es la corona y perfeccion de todos los demás.

¿ Quién de nosotros, viendo las adorables personas de Jesus y de su Madre, no se arrojaria á sus piés para besarlos y abrazarlos y derramar su corazon en su presencia? Es cierto que estamos privados de tanta dicha; pero consolémonos tomando sus nombres en vez de sus personas, grabándolos en nuestra memoria, imprimiéndolos en nuestros corazones, pronunciándolos muchas veces con el mas profundo respeto, gustando su dulzura y diciendo enternecidos: ¡ Oh Jesus y María! ¿ por qué no os vemos? ¡ Oh Jesus y María, bellezas hechizadoras, á cuya sola vista estáticos los cielos se abrasan en amor! ¿ Hasta cuándo estarémos privados de vuestra deliciosa presencia?

ther remide and para theils mio, michina una virtud des

gadole que le dijece en confiauxa que ero lo que alli bacio a lo

nor posible. Si babeis forto 1000 das de S. Erman, carrila pur

Admirable es la conducta que observó la divina Providencia con S. Joaquin y Santa Ana, padres de la Reina del cielo. Ella es quien humilla y exalta, quien mortifica y vivifica, quien empobrece y enriquece, y que parece quitarlo todo á las almas á quienes quiere dar con mayor profusion. Humilló á S. Joaquin y Santa Ana, haciéndoles sufrir por espacio de veinte años, segun S. Gerónimo, y de cuarenta segun otros, el oprobio de la esterilidad en su matrimonio, que era un estado de humillacion en el pueblo de Israel y que regularmente

acarreaba desprecios, además de la tristeza y afficciones personales que le eran inseparables; y despues de esta larga prueba de paciencia los coronó de gloria con la fecundidad mas honrosa que hayan visto los siglos, si se esceptúa la de su inclita Hija.

Para probar su virtud hizo que ambos naciesen estériles, conservándolos en tal estado casi hasta la decrepitud, y cuando todo parecia desesperado, y ya habian perdido la lisonjera idea de revivir en su posteridad les dió aquella preciosa Hija, de la cual habia de nacer la verdadera vida de los mortales, haciendo con tan maravillosa dádiva que jamás muriesen en la memoria de los hombres, y que todas las generaciones los bendijesen por el fruto de su seno.

Ahora bien, si la gloria de su hija proviene del ser madre del Hijo de Dios, como dice el Evangelio, que ha hecho su panegírico con estas pocas palabras: De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus; y si santo Tomás nos asegura que midiendo sus grandezas por esta dignidad, se halla una especie de infinidad, ¿nó debemos discurrir en la misma forma afirmando que la gloria de Joaquin y Ana consiste en ser padres de la Santísima Vírgen, pues por ella tienen la dicha de contar entre sus hijos al Hijo de Dios, y por él en cierto modo pueden mirar á todos los cristianos como su gloriosa posteridad? ¡Ah que si por esta parte medimos su grandeza, verémos que se eleva sobremanera!

¿Pero cómo dispuso Dios aquella tierra estéril para que produjera un fruto tan perfecto? Primeramente viéndose ellos estériles en cuanto á los hijos, se propusieron hacerse fecundísimos en buenas obras; empleaban su vida en ayunos, oraciones y limosnas, muy distantes de la odiosa y sórdida avaricia de aquellos que viéndose privados de hijos que les hereden, se desviven por acumular riquezas, ya porque no pudiendo poner en los hijos su corazon, lo ponen en sus bienes, ya porque no esperando otro apoyo en su vejez, se imaginan hallarlo en sus tesoros. Ciegos que no siguen el consejo del Evangelio, que nos exhorta á que distribuyendo las riquezas á los pobres, nos hagamos con amigos en el cielo, á fin de que nos reciban en